

Reseñas discográficas

Cañizares, Juan Manuel (2018). *El mito de la caverna*. JMC Music Productions C20180201F002015.

■ José F. Ortega

Aunque han pasado ya cuatro años desde su lanzamiento, creemos oportuno dedicar siquiera unas breves líneas al último disco del guitarrista barcelonés Juan Manuel Cañizares, *El mito de la caverna*. El título –que toma del primer corte, unas seguiriyas así llamadas– es del todo sugerente y tiene claras reminiscencias clásicas: con el pretende Cañizares reflejar su realidad como músico pues, como un nuevo Mercurio, navega entre dos mundos: el flamenco y la música clásica. En efecto, la vida musical de Cañizares –él mismo lo reconoce– «se asienta en dos planos: la tradición flamenca, por un lado, y la teoría musical adquirida por el estudio, por otro». Fruto de su intento de aunar ambos mundos, nace este trabajo. Un proyecto –así él lo expresa– dirigido a un público amplio, ya muestre predilección por lo clásico, lo flamenco o por «cualquier otra sensibilidad musical».

Desde que la guitarra flamenca se independizara del cante, iniciando un camino en solitario como guitarra de concierto, su progresión ha sido meteórica, tanto a nivel técnico, como armónico, melódico o rítmico. El contacto con músicos de otros géneros así como la propia formación de los instrumentistas flamencos ha tenido y tiene mucho que ver. Pero esta independencia conlleva un peligro, como a menudo se repite, y es que se olviden las raíces. Encontrar el justo equilibrio entre tradición y novedad probablemente sea la senda a seguir para que los logros no se perciban traumáticos.

Analizada la propuesta de Cañizares desde esta perspectiva, hay que reconocerle el mérito de haberlo conseguido pues, respetando los rasgos esenciales de cada uno de los toques que aborda –lo que permite a los aficionados una fácil identificación–, en la mayoría de ellos se lanza a explorar los límites que, si bien no llega a trascender, logra dibujar en el intento nuevos horizontes sonoros. Asume, naturalmente, riesgos, y es posible que alguien diga o sienta no entender o no identificarse con su propuesta, pues la fuerza de la costumbre, la rutina de lo conocido pesa, a veces, más que una losa. Pero una escucha paciente, libre de ataduras y prejuicios, garantizará a buen seguro el disfrute de este disco.

Cañizares despliega con maestría en él todas las técnicas guitarrísticas en un verdadero alarde: tanto de la mano derecha (picados, arpegios, rasgueos, alzapúa, pulgar, trémolos, golpes) como de la izquierda (ligados, mordentes, vibratos y arrastres), haciendo gala de una excelente pulsación y un virtuosismo apabullante, con los que logra extraer de sus guitarras –construidas por Vicente Carrillo– una magnífica calidad de sonido. Y decimos “guitarras” pues, en algunos cortes, el propio Cañizares se dobla a sí mismo.

Se abre el disco con la seguiriya “El mito de la caverna” que, como hemos dicho, da título al disco y en la que consigue crear un clima introspectivo y meditativo –aunque con alguna licencia expansiva– acorde al espíritu de este toque. Vienen a continuación las bulerías “Isla de los Bienaventurados”, que plasma con los característicos ritmos jerezanos. Tanto en este corte como en el anterior y en algunos de los siguientes pone en juego un concepto de modalidad extendida, transitando sin reparo del modo flamenco al mayor y viceversa, a lo que se suma la

amplia variedad de acordes alterados o escalas atonales que utiliza: pero todo ello, sin perder nunca de vista los giros o modismos característicos de los toques o, dicho de modo metafórico, con los pies bien asentados en terreno firme.

En las alegrías “Esperanzas y claridades”, de una vitalidad desbordante, llama la atención la afinación de la sexta cuerda en re, una *scordatura* asociada al toque por rondeñas, recurso con el que consigue otorgar mayor profundidad a los bordones.

Tras estas propuestas de corte atrevido y “experimental”, asoma el garrotín “Bosquecillo de pinos”, de aire desenfadado y aparente sencillez, con un estribillo saltarín que aparece y reaparece de forma recurrente; una pieza, en definitiva, que aparenta ser un receso ante el derroche de “novedad” de las precedentes.

En la soleá por bulerías “Extraña belleza”, retorna el clima de los primeros cortes, con la sonoridad típica del modo flamenco de la que se aleja de cuando en cuando para volver de nuevo a ella y un *ritornello* con el que juega y concluye la pieza.

En la habanera flamenca “Desierto nevado”, echa mano de un recurso compositivo clásico: un *ostinato* que, a cargo de la segunda guitarra, genera un clima introspectivo y ensimismado. Esta pieza, en su concepción, evoca el conocido preludio para piano de Debussy “La puerta del vino”, en el que también late el ritmo típico y constante de este aire de sabor portuario y caribeño.

Con los tientos “La callada luna” se vuelve a la tónica de los primeros cortes pues, a pesar de las novedades que se aprecian en los planos armónico y melódico, los modismos del toque que afloran por doquier, hacen que nunca se pierda pie y que la tradición siga presente. Y otro tanto puede decirse de la soleá “Al comenzar la noche”.

En los dos últimos cortes, “Imagen –subtitulado como “preludio para una rumba”– y “Fantasía” (rumba), hace acto de presencia un Cañizares menos rompedor, si se quiere incluso, más conciliador y romántico. La verdad es que son ambos una delicia: el preludio –que Cañizares dedica a su esposa– con su precioso y delicado trémolo, que el maestro resuelve con exquisitez; y la rumba, de una belleza sencilla, atractiva, directa y sin ornatos que atrapa fácilmente al oyente.

En conclusión, un trabajo discográfico muy recomendable y que, al menos a mí me ocurre, aunque se escuche una y otra vez, nunca llega a cansar.